

Alberto Ramírez Ramírez
Rubén Durazo Álvarez*

ARQUEOLOGÍA

Las misiones jesuitas de Durango

Coral Revueltas,
Crónica de hitos de mercurio 1, 2002.



Las antiguas misiones jesuitas de Durango están declaradas como monumentos históricos, entre otras cosas, por su condición de pueblo vivo, es decir, por ser un lugar donde se conjugan el legado misional con la tradición vital nortea. Y es que los propios duranguenses han mantenido sus templos, los objetos religiosos, los instrumentos y partituras musicales y la organización social generación tras generación. Es la combinación persona-espacio-objetos la que ha permitido y conservado viva la identidad cultural de las misiones tepehuanes. La intervención en el monumento, por tanto, no puede hacerse sin la propia comunidad: el INAH proporciona criterios técnicos de restauración en un diálogo e interacción permanentes con la comunidad, la cual aporta los materiales locales, la forma de organización del trabajo y la mano de obra local, retomando sus tecnologías tradicionales y mejorándolas. Así pues, esta restauración se entiende como una continuidad de la apropiación social de su patrimonio que tradicionalmente han hecho los duranguenses.

En el Proyecto de las Misiones, dirigido por el INAH, el patrimonio es considerado de un modo integral: el conjunto religioso, el pueblo y su entorno, las viviendas tradicionales y las de la época colonial, el entorno misional, las costumbres y tradiciones, la música, los conocimientos y tecnologías, el modo de uso y aprovechamiento de los recursos naturales, y en general su relación con la naturaleza, incluyendo las particulares formas de apropiación y utilización del territorio. Y si bien el proyecto tiene como base la restauración y rehabilitación

* Centro INAH Durango.



Mapa general de la Provincia de la Compañía de Jesús en México (1754).

del patrimonio tangible e intangible, sus efectos sobre la vida socioeconómica en las misiones y su área de influencia son mayores que la simple creación de puestos de trabajo, pues no sólo hablamos de revalorizar estéticamente un patrimonio en uso, sino de asegurar su conservación y aprovechar ese potencial para el desarrollo de la comunidad: la formación de mano de obra especializada, el rescate de conocimientos, tecnologías y formas de organización del trabajo, la creación de microempresas locales, el trabajo igualitario de hombres y mujeres, y la identificación y puesta en marcha de actividades económico-productivas. Todo ello constituye la base para la sustentabilidad de un proceso de desarrollo comunitario, una vez que la restauración de la misión y su entorno concluyan.

Antecedentes históricos

El septentrión novohispano constituye sin lugar a dudas un área cultural y natural de gran riqueza. La madre naturaleza ha sido dadivosa y tacaña con la región

al mismo tiempo, pero sabiamente equilibrada, lo que se demuestra en sus altas sierras, profundas barrancas, amplios valles, extensos mares, impetuosos ríos, densos bosques, exuberantes selvas e inhóspitos desiertos. Este extraordinario mosaico ecológico sirvió desde tiempos inmemoriales de asentamiento y desarrollo de indómitas culturas indígenas. El territorio nutrido por la diversidad étnica se vio enriquecido mediante un vigoroso pasado, producto del proceso de colonización y evangelización, que fue hilvanando lentamente —con el transcurrir del tiempo— la identidad y la cultura del norte de México.

Este enorme territorio, que los aztecas denominaban *chichimecatlalli* o tierra chichimeca, inicia en los actuales estados de Guanajuato, Querétaro y parte de Hidalgo; hacia el Este comienza en la parte norte de Tamaulipas y al Oeste en Sinaloa. Las características de esta vasta región se acentúan en Aguascalientes, Zacatecas, Durango, San Luis Potosí, Chihuahua, Sonora, Coahuila, Nuevo León y la península de Baja California, siendo esta zona muy árida, con escasas corrientes superficiales y un clima extremo.¹

No obstante que el norte mexicano fue reconocido antes de la primera mitad del siglo XVI, la odisea de Cabeza de Vaca y las expediciones de Cortés, Nuñez, Soto, Coronado e Ibarra, a diferencia de lo ocurrido en el centro del país, fracasaron en sus intentos de ocupa-

¹ Carlos Lazcano Sahagún y Silvia Bouchez Caballero, *Fisonomía del Norte, Guía México Desconocido. El Mundo Norte*, num. 54, México, Ed. México Desconocido, 1999, p. 9.



ción y conquista del territorio. Llanamente se limitaron al débil reconocimiento del mismo. No fue sino hasta las postrimerías del siglo XVI, cuando se presentó la gran conquista en el septentrión, mediante la ocupación de Nuevo México. El interés español en esta área se remontaba a la estadía de Nuñez, Cabeza de Vaca y Vázquez de Coronado, pero la escasez de minerales no atrajo a los europeos. Fue entonces que a partir de 1580 varias expediciones llegaron al territorio intentando la conquista y/o conversión de los naturales. En 1581 y 1582 un pequeño grupo de españoles y auxiliares indígenas, organizados por el franciscano Agustín Rodríguez, visitó los territorios de los indios pueblo. Luego vendría Antonio de Espejo, con una expedición de rescate después de enterarse de que los frailes habían sido asesinados, que continuó las rutas de Coronado, adentrándose más en tierras de los moqui en 1583. Sus relatos sobre un lago de oro añadieron el último toque de leyenda al misterio del Norte.

Finalmente, el gobierno virreinal decidió tomar cartas en el asunto, autorizando la ocupación final de Nuevo México. Dicha empresa fue encomendada a Juan de Oñate, hijo de Cristóbal de Oñate, uno de los cuatro fundadores de Zacatecas. La expedición se trasladó al Norte desde Santa Bárbara, la población más septentrional del imperio español en América durante el siglo XVI, llegando en 1598 hasta el corazón de los indios pueblo, fundando la provincia de Nuevo México. Posteriormente, en 1610, se estableció la villa de Santa Fe como capital del reino.

Posteriores expediciones enfrentaron a dos temibles adversarios: el espacio y las indómitas tribus, que irónicamente se mantuvieron hostiles, impenetrables e indómitas. Esto ocasionó que la población y explotación del septentrión, durante los siglos XVII y XVIII, siguiera diversas estrategias que difirieron de lo ocurrido en el centro de México. Por lo que para poder entender lo sucedido en la colonización del septentrión, es necesario remitirse a los grandes estratos geomorfológicos, climáticos, culturales e históricos de la zona.

Como se describe de manera somera en los anteriores párrafos, las primeras expediciones españolas sola-

mente sirvieron para conocer el extenso territorio norteño; no lograron fundar asentamientos estables ni realizaron reducciones de indígenas. Ante tales circunstancias, la corona española se sirvió de tres tipos de centros de población en el Norte: el real de minas, la misión y el presidio, siendo las misiones el tipo de fundación que interesa en este breve trabajo.



Panorámica de la ruta de las misiones en el Zape.

El estado de Durango no pudo desligarse del proceso de colonización que aglutinó al norte y noroeste del país, como lo fue la conquista espiritual de la Compañía de Jesús. Los jesuitas fueron sin lugar a dudas el elemento clave y decisivo para la ocupación europea en Chihuahua, Durango, Sonora, Sinaloa y Baja California. Teniendo sus orígenes en tal proceso el estado de Durango.

En esta zona, franciscanos y jesuitas emprendieron la ocupación espiritual de la Nueva Vizcaya a finales del siglo XVI, partiendo de sus bases de Zacatecas y Durango para fundar misiones.² En este punto es conveniente definir la extensión del Reino de la Nueva Vizcaya, fundado en 1562 y que comprendía al principio todos los territorios aún no conquistados más allá de la Nueva Galicia. Sus límites estaban indefinidos y fueron cambiando a través de los siglos posteriores. Sin embar-

² Phillip L. Hadley, *Minería y sociedad en el centro minero de Santa Eulalia, Chihuahua (1709-1750)*, México, FCE, 1979, p. 20.

con 16 o 18 rectorados que abarcaban 107 misiones. Las misiones que componían la provincia de Durango en 1765 eran siete: Santiago Papatziaro, San Miguel de Bocas, Chapotón, San Gregorio (cinco señores, actual Nazas), Santa Catalina de Tepehuanes, Tizonazo y Zape.⁷

La ruta de las misiones

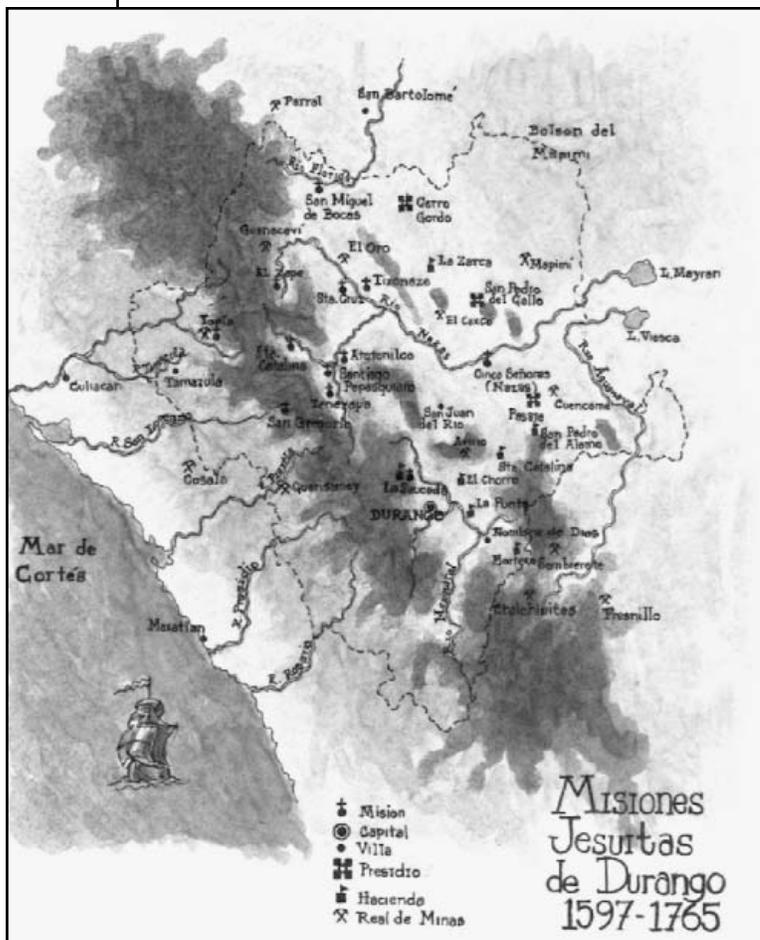
Las misiones jesuitas en la porción de la Sierra Madre Occidental, que hoy pertenece al estado de Durango, constituyen la experiencia pionera del experimento espiritual y cultural de los soldados de San Ignacio de Loyola entre las naciones de indios que poblaban el extenso noroeste mexicano. Este experimento consistió en la conversión religiosa de los indígenas al cristianismo, en su reducción a la vida sedentaria y en la adopción de valores y formas culturales occidentales.

Este proceso dio inicio en 1596 en La Saucedá, y para finales del siglo los misioneros ya habían llegado al extremo norte, hasta Villa Ocampo. En este territorio se asentaron los españoles en centros mineros y en áreas de producción agrícola y ganadera, lo que le dio cierta singularidad, que hoy día permite explicar el carácter mestizo de nuestra cultura.

La tenacidad y ardua labor de los misioneros permitieron el establecimiento de nuevas misiones, en las que se proporcionó instrucción sin interrupción durante casi un siglo y medio, a pesar de las dificultades encontradas en el medio hostil que los rodeaba. La falta de abastecimiento, escasez de personal, desarrollo de enfermedades contagiosas como la sífilis y la viruela, introducidas por soldados y colonos, provocaron poco a poco la decadencia de estas misiones, diezmando a la población indígena.

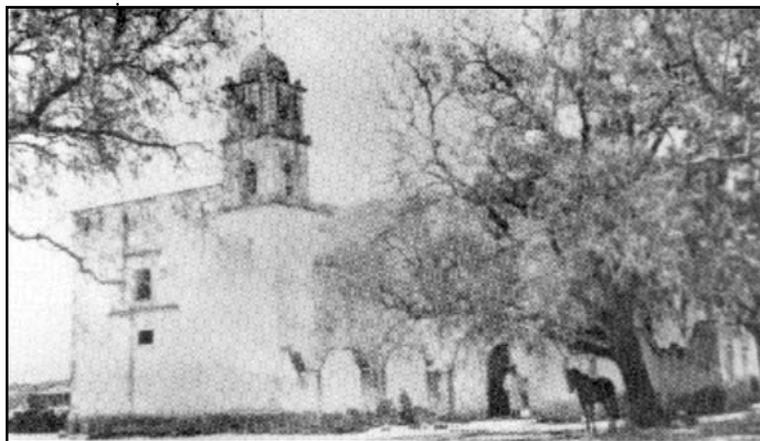
Hacienda de Cacaria

El valle de Cacaria, agreste y hermoso, es bañado por un gran número de arroyuelos de



poco cauce, el río de La Saucedá que forma la laguna San Bartolo e infinidad de manantiales que conocemos como “ojos de agua”. Sus tierras planas y fértiles se antojaron prósperas para la agricultura y la ganadería.

En principio no fue explorado por los españoles, mas llamó la atención de los gambusinos que buscaban vetas minerales de oro y plata. El valle era habitado por



⁷ *Ibidem*, p. 84.

tribus indígenas que desaparecían en su extensión y eran poco notables. Sus habitaciones se levantaban al amparo de los cerros cercanos, en partes como La Cañada del Chile o La Cañada Caboraca.

Para algunos mineros y agricultores que sentaron sus reales cómodamente ahí y se dedicaron a la siembra y la ganadería, más tarde fue el Real de San Lucas.

Una de las primeras poblaciones rurales dedicadas a la agricultura que apareció al sur del valle fue la Merced de Morcillo, hecha por los españoles a don Pedro de Morcillo, quien fuera uno de los conquistadores que vinieron a fundar la villa de Durango en el año de 1563.

Se desconocen los datos acerca del posible establecimiento de algunas otras poblaciones importantes. Por su parte, las tribus indígenas seguían habitando en paz sus posesiones sobre el valle de Cacaria y las faldas de la Sierra Madre Occidental.

Procedentes de las tierras de Cuencamé, llegaron los primeros misioneros jesuitas, apareciendo en el valle de Cacaria en 1596, encabezados por fray Gerónimo Ramírez, quienes en pleno valle y casi a su final encontraron la población indígena a la que dieron en llamar “La Saucedá” y al “Río de La Saucedá”. El padre Ramírez narra al respecto:

...trujóme Dios nuestro Señor a este pueblo de Cuencome [Cuencamé] el cual está en un valle muy espacioso y ancho coronado de hermosos montes...

...No se pudo montar Misión estable por este lado, volvió entonces sus ojos al norte donde pululaba una raza a esa fecha virgen a los contactos del cristianismo...

...Fue la primera la Hacienda de La Saucedá, pueblo de indios que pertenecía casi todo a un casique, que convertido, fue el que más se empeñó en que su gente abrazara la religión y fue el brazo derecho del padre...

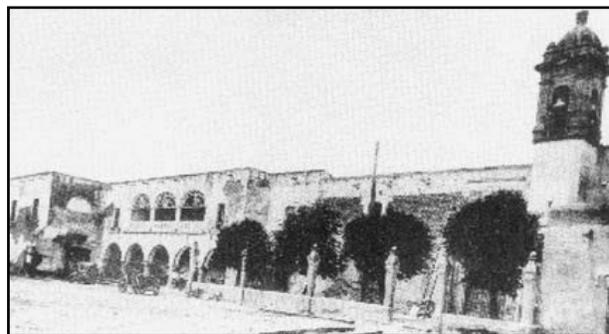
En este lugar el padre Ramírez estableció la primera misión jesuita dentro del valle de Cacaria, la cual alcanzó gran fama pero sobre todo dio estímulo para la formación de otras misiones que con el tiempo alcanzaron mayor desarrollo e importancia.

Saliendo de la ciudad de Durango por la Carretera Panamericana (Federal 45), se encuentra a 45 km., en el valle de Cacaria, la ex Hacienda de Cacaria, lugar que habitaron grupos tepehuanes, y que a la llegada de

los españoles se convirtió en una estancia. Uno de sus propietarios fue doña Ana de Villarrubio, quien la llamó Santa Ana de Cacaria. Actualmente ahí se encuentra el pueblo de Nicolás Bravo, y se conserva parte de la hacienda con su torre y columnas salomónicas en el templo.

La Saucedá

Se localiza en un antiguo asentamiento de tepehuanes, en donde los jesuitas instalaron la misión de San Jerónimo de la Saucedá, destruida en la rebelión tepehuana de 1616.

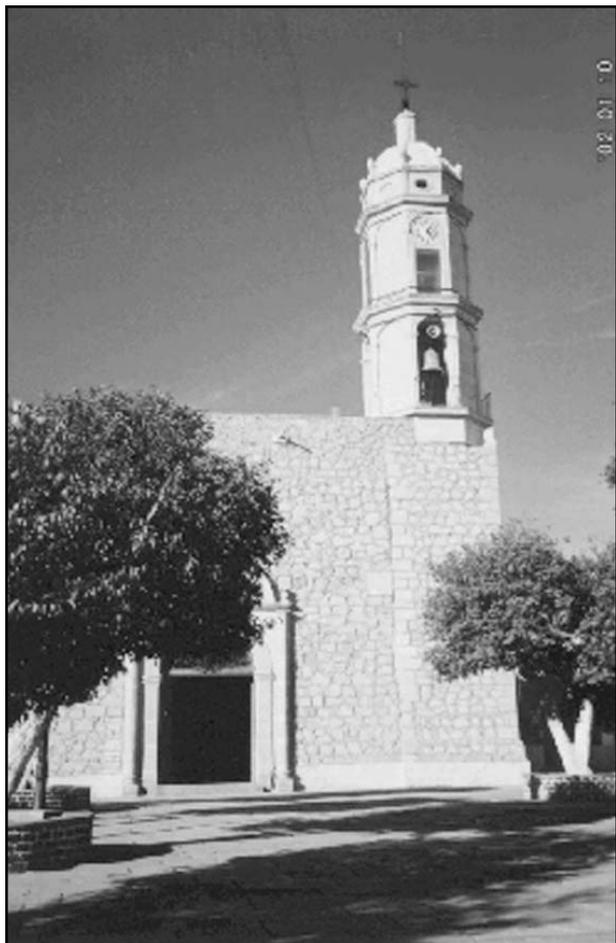


Santiago Papasquiario

Esta misión fue fundada durante las expediciones del padre Gerónimo Ramírez en 1597, creando en Santiago Papasquiario el centro de sus actividades en todo el territorio de influencia de los tepehuanes, abarcando diferentes municipios circunvecinos, de acuerdo con la división territorial actual.

La pequeña iglesia y la población española fueron atacadas el 18 de noviembre de 1616, resultando asesinados los religiosos jesuitas que ahí se encontraban. Los naturales fueron encabezados por diversos caciques, entre los que debe mencionarse a *Quatlatas*. La sublevación amenazó con caer sobre Durango, por lo que el gobernador y el virrey brindaron todo su apoyo. La muerte de los padres Bernardo Cisneros y Diego de Orozco causaron gran conmoción en la provincia neovizcaína.

En 1620 se restableció la misión pero no se pudo hablar de tranquilidad en muchas décadas. Sólo hasta 1660 fue cuando se pudo consolidar esa población, tras



Santiago Papasquiario.

largos litigios que llegaron hasta la corona. En esta misión los jesuitas establecieron su casa central, de la que dependían las misiones llamadas de visita, que tenían en Santa Catarina de Tepehuanes, Tenerapa y San Andrés de Atotonilco.

El siglo XVIII trajo cierta fortuna a la población aunque a la mitad de la centuria se resintió Santiago Papasquiario por el hambre ocasionada por tres intensas sequías. La situación se superó en 1787, cuando la misión se elevó a la categoría de villa, contando con sólidos edificios y templos, ubicándose frente al cerro del Papantón y a orillas del río de Santiago.

Después de la lucha de Independencia, se reconoció para Santiago la categoría de capital de partido, situación que se prolongó hasta la desaparición de este sistema de organización (1917), por iniciativa del presi-

dente Venustiano Carranza, primer presidente que visitó a Santiago.

Tenerapa

El sitio de la misión de Tenerapa se encuentra a 28 km al noroeste de la de Santiago Papasquiario. Fue establecida inicialmente como una misión de visita por el padre Iván Fonte, en el año de 1601, teniendo aproximadamente doscientos indios por catequizar.

El templo de la misión permanece en buen estado de conservación, con solamente pequeñas intervenciones en el interior.



San Pedro Tenerapa.

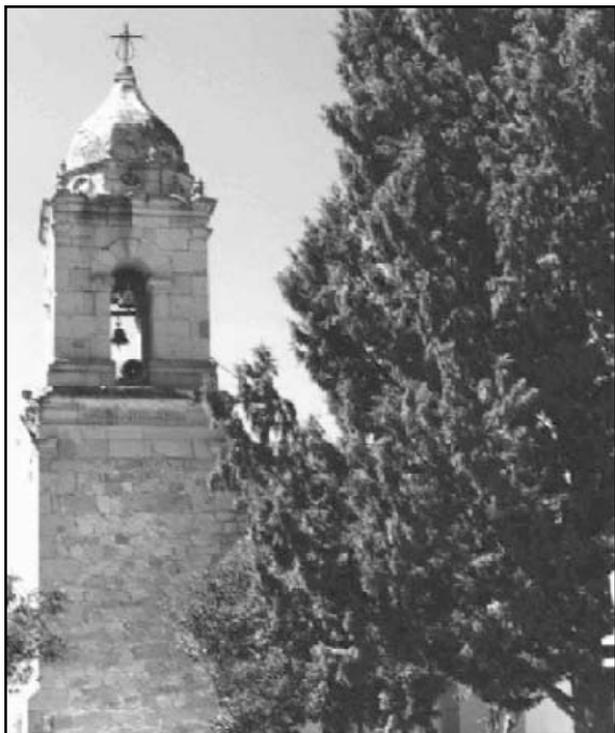
Atotonilco

Este sitio se localiza a 15 km al norte de la misión de Santiago Papasquiario. Fue establecido como una misión de visita por los religiosos Diego de Orozco y Bernardo Cisneros, un poco después del año de 1601. En sus inicios el templo no tenía instalada la torre.

La iglesia de piedra fue reconstruida alterando su estado original, y actualmente funciona como iglesia del poblado.

Santa Catarina de Tepehuanes

Está situada a la orilla del río del mismo nombre. Importante población de origen tepehuán, está justo en el corazón de la Sierra Madre Occidental. Segunda gran misión jesuita fundada por el padre Gerónimo Ramírez



Misión de Atotonilco.

en 1596. En 1616 fue punto de partida para el inicio de la gran guerra tepehuana, que comandó el chamán Gogogito. El templo del lugar es testimonio fiel de la historia del pueblo.

Santa Cruz de Tepehuanes

Está localizada a 42 km al noreste de la misión de Tepehuanes.



Santa Cruz de Tepehuanes.



Santa Catarina de Tepehuanes.

San Ignacio de Zape

El sitio de la misión de San Ignacio de Zape fue centro ceremonial prehispánico, sitio arqueológico y misión jesuita, puntual en el avance español y del cristianismo en el norte de México. En el templo de la antigua misión se venera la imagen de Nuestra Señora del Hachazo, testigo del martirio de los padres jesuitas por parte de la nación tepehuana.



San Ignacio de Zape.



San Ignacio de Zape, interior.

San José de Tizonazo

Localizada en el municipio de Inde, en esta misión se encuentra el santuario y la parroquia del Señor de los Guerreros, sobre un asentamiento antiguo, correspondiente tal vez a un emplazamiento prehispánico. No se sabe de la historia de la misión, salvo que fue un pueblo de misión asignado a los jesuitas, entre 1607 y 1616, para llevar a cabo la evangelización de los indios tepehuanos.

Situada en las márgenes del arroyo que riega un estrecho valle circundando por montañas, el edificio consta de una nave de planta rectangular con ábside, perteneciente a la arquitectura del siglo XVII. Se aprecian algunas modificaciones realizadas a la construcción original, como la torre de cantera, cuya edificación data de los primeros años del siglo XX. Las alteraciones en la fachada principal se hicieron a mediados de ese siglo. La cubierta de lámina de zinc, así como el cambio de pisos en la nave y el atrio, la colocación de puertas y ventanas metálicas, etcétera, corresponden a acciones realizadas en años muy recientes. El inmueble tiene muros de adobe aplanados a la cal y marcos de cantera en la portada principal. En la lateral conserva su cubierta de vigas de madera, aunque exteriormente protegida con lámina de zinc, en forma de techo de dos aguas.



Santuario del Señor de los Guerreros, de la misión de San José del Tizonazo

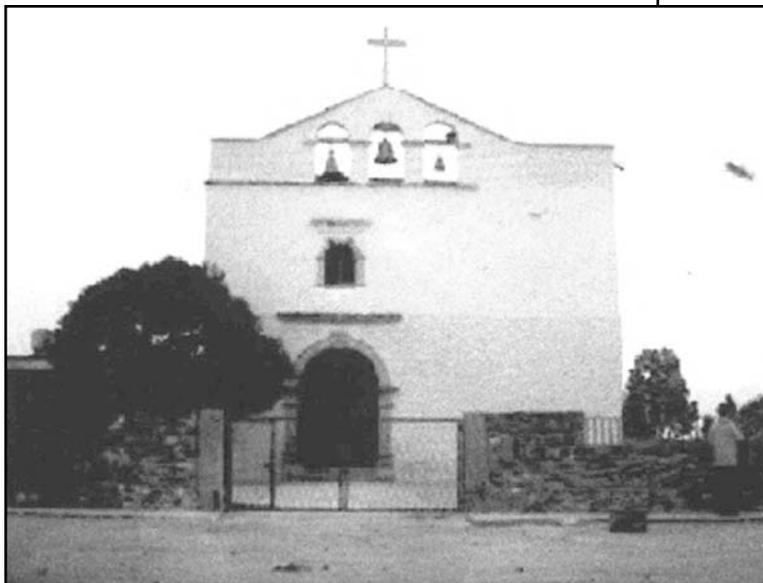
San Miguel Arcángel

El sitio de la misión de San Miguel Arcángel, en Ocampo, se encuentra en una localización antigua, sobre la marca de afluente del río Florida, a cuyas márgenes todavía se observan vestigios de una traza primitiva, donde se ubicó la misión jesuita que apoyó la evangelización hacia el norte de la Nueva España. El templo parroquial es de nave rectangular de altos y espesos muros de adobe; altos contrafuertes por el costado norte, uno de los cuales forma parte de la fachada oriente, todo ello aplanado a la cal.

Esta fachada se resuelve en un alto paramento liso, con un arco austero de medio punto de cantera de poco tallado, salvo la clave, donde también se encuentra labrado un emblema de la Compañía de Jesús. Estos elementos parecen de manufactura reciente, ya que fueron relabrados o repasados hace pocos años. Sobre la puerta, en el eje central de simetría, se abre una pequeña ventana que ilumina el coro. Desplazado del eje hacia el norte, se levanta un campanario de tres vanos sin marco, y sobre éste una esbelta cruz de cantera alineada a la fachada. En tiempos recientes fue construida la casa parroquial de un solo nivel. El edificio conserva su cubierta de vigas sobre zapatas de madera.

Cinco Señores

El sitio de la misión de Cinco Señores, del municipio de Nazas, se debe a la fundación de Mapimí en 1598



Misión San Miguel de Bocas.

por parte de misioneros de la Compañía de Jesús. La población permitió la entrada de los europeos a la región, estableciéndose entonces la pequeña congregación de Cinco Señores, que mantendría ese título durante tres siglos.

La guerra contra los tarahumaras arrasó Mapimí y sus alrededores, por lo que Cinco Señores interrumpió sus labores misionales. Fue hasta el siglo XVIII cuando se levantaría de nuevo un pequeño poblado, protegido ahora por un sistema de presidios, con un buen número de soldados que asegurara su permanencia.

Hacia 1715, el gobernador Manuel S. Juan de Santa Cruz dio órdenes precisas para que se fundara el pueblo de los Cinco Señores del río de las Nazas, en un punto intermedio entre los presidios de Pasaje y San Pedro del Gallo. El capitán José de Berroterán trasladó hasta el sitio de la antigua misión jesuita a 120 familias de indios tarahumaras, que vinieron a sustituir a las 200 familias coahuiltecas originales.

En 1753 se erigió la parroquia del lugar, quedando integrada a la sagrada Mitra, por Cédula Real del 13 de noviembre de 1744. La antigua iglesia no sobrevivió el siglo XVIII. Dos construcciones la sustituyeron, siendo la última la levantada en los últimos años de la dominación española.



Cinco Señores.

El naciente estado de Durango quedó integrado por diez partidos, siendo uno de ellos el de Cinco Señores, con cabecera en la villa del mismo nombre. Como parte constitutiva de dicho partido se consideró el municipio de San Pedro del Gallo.

En la división territorial de 1867 empezó a denominarse el municipio simplemente como Nazas, dejando atrás el nombre de los patronos que fueron asignados originalmente: San Joaquín, Santa Ana, San José, María y Jesús, sintetizados en la fórmula mencionada de Cinco Señores.

Como hecho histórico destacado del poblado, resalta la visita realizada por el presidente Benito Juárez en 1864, durante su retirada hacia Chihuahua y posteriormente al entonces Paso del Norte. El distinguido visitante se hospedó durante una semana en la casa del coronel Silvano Flores, la que actualmente funciona como museo.

Conclusiones

El patrimonio tangible e intangible de las misiones de Durango es, por tanto, el punto de inicio de un proceso integral de desarrollo comunitario a través de la conservación del patrimonio cultural y natural de las misiones jesuitas del estado. En este proceso los duranguenses descubren su propia historia al restaurar y conservar su patrimonio. Restauran su memoria, su memoria histórica. Conservar el patrimonio como parte de la historia de su pueblo, implica no sólo conservar el pasado, sino modificar el futuro, abriendo espacios de trabajo, de aprendizaje, de nuevos diálogos que desarrollan la propia estructura de la comunidad. Este impulso que tuvo la cultura misional de Durango, supone la conservación de su propia riqueza: el espíritu, la tradición, el arte, su gente sencilla, humana y cálida.